

— ¡ Miserable ! exclamó Bálamo, cuyo desesperado grito salió al fin por cada uno de sus poros : ¡ muere, miserable, porque hace cuatro días que era mi querida, mi amante, mi esposa ! ¡ La has asesinado para nada, porque no estaba virgen !.....

Los ojos de Althotas temblaron al oír estas palabras, como si un sacudimiento eléctrico los hiciera conmovirse en sus órbitas ; sus pupilas se dilataron de un modo espantoso ; sus encías, porque no tenía dientes, rechinaron, y su mano dejó caer la redoma sobre el entarimado, haciéndose mil pedazos, mientras que él, estupefacto, anonadado, herido en el cerebro al mismo tiempo que en el corazón, caía pesadamente contra el respaldo de su sillón.

En cuanto á Bálamo, se inclinó sollozando sobre el cadáver de Lorenza, y se desmayó al querer besar sus ensangrentados cabellos.

## XXVII

## Dios y el hombre

Las horas, estas extrañas hermanas que, asidas de la mano, pasan con vuelo tan lento para el desgraciado y tan rápido para el hombre feliz, pasaron silenciosas replegando sus pesadas alas, en aquella habitación poblada de suspiros y sollozos.

En un lado se hallaba la muerte, y en el otro la agonía.

En el medio estaba la desesperación tan dolorosa como la agonía, y tan profunda como la muerte.

Desde el grito doloroso que había desgarrado su garganta, Bálamo no había vuelto á proferir una sola pabra ; desde aquella fulminante revelación que había abatido el feroz júbilo de Althotas, no había hecho ningún movimiento.

En cuanto al repugnante viejo, vuelto violentamente á la vida, tal como Dios la ha dado á los hombres, parecía tan fuera de su centro en aquel elemento nuevo para él, como el pájaro que herido por un perdigón cae desde lo alto de una nube en un lago, en cuya superficie se debate sin poder desplegar sus alas.

El asombro pintado en aquella cara lívida y desencajada revelaba la inconmensurable extensión de su desilusión.

En efecto, Althotas ni siquiera se tomaba ya el trabajo de pensar, desde que sus pensamientos habían

visto disiparse como el humo el objeto á que se dirigían y que creía tan sólido como una roca.

Su desesperación triste y silenciosa tenía algo de atontamiento, y aquellos, cuyo espíritu estuviese poco acostumbrado á medir el suyo, tal vez hubieran tomado aquel silencio por un indicio de que estaba meditando; mas para Bálamo, que siquiera le miraba, era la agonía del poder, de la razón, de la vida.

Althotas no apartaba la vista de aquella redoma despedazada, imagen de la nada de sus esperanzas, y cualquiera diría que estaba contando aquellos mil pedazos de cristal que, al desparramarse por el suelo, habían disminuído su vida otros tantos días; cualquiera diría que quería sorber con la vista aquel licor precioso derramado por el pavimento y que había creído por un instante que daba la inmortalidad.

De vez en cuando, cuando el dolor de su desilusión era demasiado agudo, fijaba también sus apagados ojos en Bálamo, y luego en el cadáver de Lorenza.

Entonces se parecía á esos animales cogidos en una trampa, que el cazador encuentra por la mañana presos por la pata, y les da de puntapiés largo rato sin hacerles volver la cabeza; pero que, si los pincha con un cuchillo de monte, ó con la bayoneta de su carabina, alzan obstinadamente sus sangrientos ojos, impregnados de odio, venganza, reconvencción y sorpresa.

— ¿ Es posible, decía aquella mirada, tan expresiva aun á pesar de hallarse en su atonía, es posible que me sucedan tantas desgracias y derrotas de parte de un ser tan ínfimo como ese hombre que está ahí arrodillado á cuatro pasos de mí, á los pies de un objeto tan vulgar como esa mujer muerta? ¿ no es un trastorno de la naturaleza, una aberración de la ciencia, un cataclismo de la razón, el que el discípulo tan grosero

haya abusado del maestro tan sublime? ¿ no es monstruoso, en fin, que el grano de arena haya parado la rueda del carro soberbio y rápido en su omnipotencia é inmortal vuelo?

En cuanto á Bálamo, despedazado como estaba, aniquilado, sin voz, sin movimiento y casi sin vida, ningún pensamiento humano había penetrado aun por entre los sangrientos vapores de su cerebro.

¡ Lorenza, su Lorenza! Lorenza su mujer, su ídolo, aquella criatura doblemente preciosa á título de ángel y de amante; Lorenza, es decir, el placer y la gloria, el presente y el futuro, la fuerza y la fe; Lorenza, es decir, cuanto él amaba, cuanto deseaba y ambicionaba en el mundo, Lorenza, la había perdido para siempre!

Bálamo no lloraba, no gritaba, ni siquiera suspiraba.

Apenas tenía tiempo para admirarse de que tamaña desgracia hubiese caído sobre su cabeza; pareciéndose en eso á aquellos desgraciados sorprendidos en su cama por la inundación, que sueñan que están rodeados de agua, que despiertan, abren los ojos, y al ver amenazar su cabeza una oleada espantosa, no tienen siquiera tiempo para dar un grito, y pasan de la vida á la muerte.

Por espacio de tres horas se creyó Bálamo sepultado en los profundos abismos de la tumba, y en medio de su inmenso dolor atribuyó lo que estaba sucediendo á uno de esos fatídicos sueños que van á visitar á los muertos en la eterna y silenciosa noche del sepulcro.

Para él no existía Althotas, es decir, que para él no había ni oído ni espíritu de venganza.

Para él no existía Lorenza, es decir, que para él no había tampoco ni vida ni amor.

Sueño, noche, la nada; esto es lo que le rodeaba. Así trascurió el tiempo, lúgubre, silencioso é

infinito, en aquel aposento en que la sangre se enfriaba después de enviar su parte fecundante á los átomos que la reclaman.

De pronto sonó tres veces una campanilla en medio del silencio y las tinieblas.

Sin duda sabía Fritz que su amo se hallaba en la habitación de Althotas, pues en esa misma habitación resonó la campanilla.

Empero por más que vibró con un ruido extraño por lo insólito, el sonido se desvaneció en el espacio.

Bálsamo no levantó la cabeza.

Al cabo de unos cuantos minutos sonó segunda vez, pero más fuerte, el tintín de la campanilla, sin que Bálsamo saliera de su letargo.

Luego, así que pasó un rato más corto que el que medió entre el primero y segundo tintín, enfadada la campanilla esparció por el cuarto un repiqueteo chillón é impaciente.

Sin estremecerse Bálsamo alzó lentamente la cabeza, é interrogó el espacio con la fría solemnidad de un muerto que saliese de su sepulcro.

Así debió mirar Lázaro cuando Cristo le llamó tres veces por su nombre.

La campanilla no cesaba de repiquetear.

Su energía, que cada vez iba en aumento, despertó al fin la inteligencia en el amante de Lorenza.

Entonces desprendió su mano de la del cadáver; pero todo el calor había abandonado su cuerpo, sin pasar al de Lorenza.

— Esto indica una gran noticia ó un peligro de gravedad, dijo Bálsamo. ¡ Con tal que sea esto último!...

Y se levantó del todo.

Mas ¿ para qué he de contestar á ese llamamiento? continuó diciendo, sin advertir el lúgubre efecto que causaban sus palabras bajo aquella bóveda

sombria y en aquella fúnebre habitación; ¿ puede haber en el mundo algo que me interese ó asuste?

La campanilla, como si quisiera contestarle, hirió con tal fuerza sus costados de bronce, que la lengüeta de metal se desprendió y cayó sobre una retorta de vidrio, la cual se rompió haciendo un ruido metálico y sembrando el suelo de pedazos.

Bálsamo no resistió más, considerando, por otra parte, que importaba que nadie, incluso Fritz, fuese á acosarle donde se hallaba.

Dirigióse, pues, con tranquilo paso hacia el resorte, lo empujó y fué á colocarse sobre la plancha, la cual bajó lentamente hasta dejarle en medio del aposento de las pieles.

Al pasar junto al sofá rozó la manteleta que se había desprendido de los hombros de Lorenza cuando el inhumano viejo la levantó en sus brazos, tan impasible como la muerte.

Aquel contacto, más vivo aun que Lorenza, hizo estremecer á Bálsamo de un modo doloroso.

Cogió la manteleta y la besó, sofocando sus gritos con la tela misma.

Luego fué á abrir la puerta de la escalera.

En los últimos escalones estaba Fritz sumamente pálido, respirando agitado, con una bujía en la mano izquierda, y tirando con la derecha del cordón de la campanilla aterrado é impaciente.

Al ver á su amo lanzó un grito de contento, pero en seguida se escapó de su pecho otro de sorpresa y espanto.

No sabiendo Bálsamo de qué provenían aquellos dos diversos gritos, le interrogó en silencio.

Fritz no dijo una palabra; pero á pesar de lo respetuoso que solía ser, se aventuró á coger á su amo de la mano, y le llevó delante del gran espejo de Venecia

colocado encima de la chimenea que conducía al aposento de Lorenza.

— ¡ Oh ! mirad, dijo, indicándole su propia imagen en el cristal.

Bálsamo se estremeció. Luego asomó á sus labios una de esas sonrisas hijas de un dolor infinito é incurable, una sonrisa mortal.

En efecto, había comprendido el espanto de Fritz.

Bálsamo había envejecido veinte años en una hora ; sus ojos no tenían ya brillo, la sangre no coloraba ya su piel ; en todas sus facciones estaba ya pintada una expresión de estupor y falta de inteligencia, sus labios estaban ribeteados de una espuma sanguinolenta, y en la blanca batista de su camisa había una mancha de sangre.

Bálsamo se miró á sí mismo un instante sin poder reconocerse, luego clavó con resolución sus ojos en los del extraño personaje que reflejaba el espejo.

— Sí, Fritz, dijo, tienes razón.

En seguida, notando el aire inquieto de su fiel criado, le preguntó :

— Pero, ¿ por qué me llamabas ?

— ¡ Oh ! por ellos, mi amo.

— ¿ Por ellos ?

— Sí.

— Pero, ¿ quiénes son ellos ?

— Señor, murmuró Fritz acercando su boca al oído de Bálsamo, son los cinco maestros.

Bálsamo se estremeció.

— ¿ Todos ? preguntó.

— Sí, señor, todos.

— ¿ Y están ahí ?

— Ahí.

— ¿ Solos ?

— No ; cada uno trae un criado armado que aguarda en el patio.

— ¿ Han venido juntos ?

— Juntos, sí, señor ; y viendo que se impacientaban, he llamado tantas veces y tan fuerte.

Bálsamo, sin ocultar siquiera bajo un pliegue de la pechera de encaje la mancha de sangre, y sin cuidarse de reparar el desorden de su pelo y traje, echó á andar y principió á bajar la escalera, después de haber preguntado á Fritz si sus huéspedes estaban en el salón ó en el gran gabinete.

— Están en el salón, respondió Fritz siguiendo á su amo.

Luego, cuando llegaron al pie de la escalera, se arriesgó á detener á Bálsamo, diciéndole ;

— ¿ Tiene V. E. alguna orden que darme ?

— Ninguna, Fritz.

— ¿ V. E... continuó Fritz balbuceando.

— ¿ Qué dices ? preguntó Bálsamo con infinita dulzura.

— ¿ V. E. va á presentarse á ellos sin armas ?

— Sí, sin armas.

— ¿ Sin llevar siquiera vuestra espada ?

— ¿ Y para qué he de llevar la espada, Fritz ?

— No lo sé, respondió el fiel criado bajando la vista, pero se me figuraba... creía... tenía miedo.....

— Está bien ; retírate, Fritz.

El criado dió algunos pasos para obedecer, pero volvió.

— ¿ No has oído ? preguntó Bálsamo.

— Quería decir á V. E. que vuestras dos pistolas de dos cañones están en el estuche de ébano, sobre el velador dorado.

— Bien está ; ya te he dicho que te vayas, dijo Bálsamo.

Y entró en el salón.

## XXVIII

### Enjuiciamiento

Fritz tenía razón, pues los huéspedes de Bálamo no habían entrado en la calle de San Claudio con un aparato pacífico ni con exterior benévolo.

Cinco hombres á caballo escoltaban el coche de camino en que habían venido los cinco maestros; cinco hombres de sombrío y altivo rostro, armados de pies á cabeza, habían cerrado la puerta de la calle, y la estaban custodiando mientras aparentaban aguardar á sus amos.

Sobre el pescante de aquel coche estaban un cochero y dos lacayos con cuchillos de monte y mosquetes ocultos bajo sus capas, lo cual indicaba que toda aquella gente había ido á la calle de San Claudio para una expedición más bien que para hacer una visita.

Así, aquella invasión nocturna de hombres tan terribles que había reconocido Fritz, aquella toma por asalto del hotel, había causado desde luego un terror indecible al alemán, y había tratado de negar la entrada á toda aquella gente, cuando vió por el postiguillo la escolta y adivinó las armas; pero aquellos poderosos signos, testimonio irrecusable del derecho de los que llegaban, no le permitieron replicar. Apenas se apoderaron del terreno, los extranjeros se colocaron, como hábiles capitanes, á cada salida de la casa, sin

tomarse el trabajo de disimular sus malignas intenciones.

Los pretendidos escuderos colocados en el patio y los pasillos, y los pretendidos maestros en el salón, nada bueno hacían presagiar á Fritz, y este fué el motivo porque había tocado tan fuerte que rompió la campanilla.

Bálamo, sin asombrarse ni prepararse, entró en el salón, que Fritz había alumbrado de un modo conveniente, para honrar cual debía á todo visitante.

Al presentarse vió sentados en sillones á los cinco visitantes, de los que ni uno solo se levantó.

Pero él, como amo de la casa, habiéndolos visto á todos, los saludó con urbanidad.

Sólo entonces se levantaron, y le devolvieron el saludo con gravedad.

Bálamo tomó asiento frente á ellos, sin notar ó dar á entender que notaba el extraño orden en que estaban colocados.

En efecto, los cinco sillones formaban un semicírculo parecido al de los tribunales antiguos, con un presidente y dos asesores, y el sillón de Bálamo colocado frente al del presidente, ocupando el sitio que se señala á los acusados en los concilios ó los pretorios.

Bálamo no fué el primero que tomó la palabra, como lo hubiera hecho en cualquiera otra ocasión; pues miraba sin ver, á consecuencia aun de la dolorosa somnolencia que le había quedado después del duro golpe que recibiera.

— Hermano, dijo el presidente ó más bien el que ocupaba el sillón del medio, al parecer nos has comprendido. Sin embargo has tardado mucho en venir, y ya estábamos deliberando para saber si debíamos enviar á buscarte.

— No os comprendo, respondió sencillamente Bál-samo.

— No lo creía yo así, al verte tomar respecto de nosotros el puesto y la actitud de un acusado.

— ¿ De un acusado ? balbuceó Bál-samo vagamente encogiéndose de hombros en seguida.

— Repito que no os comprendo, añadió.

— Ya te haremos comprender, y no nos será difícil, según veo por la palidez de tu frente, por tus apagados ojos y tu voz temblona... cualquiera diría que no oyes.

— Sí, oigo, respondió Bál-samo sacudiendo la cabeza cual si tratase de desprenderse de las ideas que le abrumaban.

— ¿ Te acuerdas, hermano, continuó el presidente, que, en las últimas comunicaciones, te daba aviso la logia suprema de que se premeditaba una traición por uno de los principales sostenes de la orden ?

— Tal vez... sí... no digo que no.

— Respondes como quien tiene una conciencia en desorden y turbada ; cálmate... no te dejes abatir ; respóndeme con claridad y precisión cual lo exige la terrible posición en que te hallas ; respóndeme con la certidumbre de que puedes convencernos, porque no venimos con prevenciones ni odio ; representamos la ley, y ésta no habla sino después que el juez ha oído.

Bál-samo no replicó.

— Te lo repito, Bál-samo, y una vez hecha mi advertencia, será como la que se dan dos combatientes antes del ataque ; voy á atacarte con armas leales, pero poderosas ; ¡ defiéndete !

Al ver los asistentes la flema é inmovilidad de Bál-samo, se miraron asombrados, luego fijaron la vista en el presidente.....

— ¿ Me has entendido, no es verdad, Bál-samo ? repitió este último.

Bál-samo dijo que sí con la cabeza.

— De consiguiente, como hermano leal y benévolo que soy, te he dado á conocer el objeto de mi interrogatorio, y ya estás advertido. Así ten cuidado, pues comienzo de nuevo.

Hecha esta advertencia prosiguió diciendo el presidente :

— La orden comisionó á cinco individuos de su seno para que vigilasen en París los pasos del que se nos designaba por traidor. Sabido es que las revelaciones que se nos hacen no están sujetas á error, pues á ti mismo te consta que las obtenemos, ya de agentes adictos por lo que hace á los hombres, ya de indicios seguros respecto á las cosas, ya de síntomas y signos infalibles entre las misteriosas combinaciones que la naturaleza á nadie ha revelado hasta ahora sino á nosotros. Ahora bien, habiendo tenido uno de los nuestros una visión con respecto á ti, y sabiendo como sabíamos que nunca se ha engañado, nos pusimos en guardia, y te hemos vigilado.

Bál-samo oyó todo aquello sin dar la menor muestra de impaciencia ni aun de comprensión, y el presidente continuó :

— No era cosa fácil vigilar á un hombre como tú, porque entras en todas partes, siendo como es tu misión introducirte donde nuestros enemigos tengan una casa ó un poder cualquiera, y porque tienes á tu disposición no sólo tus recursos naturales, que son inmensos, sino los que nuestra sociedad te ha dado para hacer que triunfe su causa. Durante mucho tiempo hemos andado fluctuando en un mar de dudas, al ver entrar en tu casa á enemigos como Richelieu, la Dubarry y Rohán ; además de que en la última reunión que tuvimos en la calle Platriere pronunciaste un discurso lleno de hábiles paradojas que nos hizo creer

seguías un papel importante, adulando y frecuentando el trato de esa raza incorregible que tratamos de extirpar de la tierra. Durante algún tiempo respetamos, pues, los misterios de tu conducta, esperando un feliz resultado; pero al fin llegó el desengaño.

Bálsamo permaneció tan inmóvil é impasible como antes, de suerte que el presidente empezó á impacientarse.

— Hace tres días, dijo, se expidieron cinco mandamientos de prisión: mandamientos que el señor de Sartines puso en ejecución aquel mismo día contra cinco de nuestros principales agentes, hermanos tan fieles como adictos, que residen en París. Los cinco han sido presos y llevados, dos á la Bastilla, donde se hallan en completa incomunicación; otros dos á Vincennes, sentenciados á reclusión perpetua; y otro á Bicetre, donde lo encerraron en el calabozo más mortífero. ¿Sabías esta circunstancia?

— No, dijo Bálsamo.

— Es muy extraño que tal digas cuando sabemos las relaciones que tienes con las personas poderosas del reino. Empero mucho más extraño es lo que voy á decir.

Bálsamo prestó atención.

— Para mandar prender á esos cinco fieles amigos nuestros, ha debido tener á la vista el señor de Sartines la única nota que contiene de un modo legible los nombres de las víctimas; y esa nota te la dirigió á tí en 1769 el consejo supremo, siendo tú quien has debido recibir á los nuevos individuos y darles inmediatamente el rango que les había señalado dicho consejo supremo.

Bálsamo manifestó con un gesto que no se acordaba de nada.

— Yo haré que te acuerdes. Las cinco personas de

que se trata estaban representadas por medio de cinco caracteres árabes, y estos caracteres correspondían, en la nota que se te comunicó, á los nombres y cifras de los nuevos hermanos.

— Corriente, dijo Bálsamo.

— ¡Lo confiesas!

— Como queráis.

El presidente miró á sus asesores para que tomasen acta de aquella confesión.

— Pues bien, continuó, en esa misma nota, que es la única, tenlo presente, que ha podido comprometer á esos hermanos, había además otro nombre: ¿te acuerdas?

Bálsamo no contestó.

— Ese nombre era el de *conde de Féix*.

— Convenidos, dijo Bálsamo.

— Y entonces, habiéndose expedido mandamiento de prisión contra esos cinco, ¿por qué se respeta tu nombre, por qué es bien acogido, por qué se oye pronunciar favorablemente en la corte ó en las antecámaras de los ministros? Si nuestros hermanos merecieron ser presos, también tú: ¿qué tienes que responder á esto?

— Nada.

— ¡Ah! ya adivino tu objeción; podrás decir que la policía, por los medios particulares de que dispone, ha sorprendido los nombres de los hermanos más oscuros, pero que ha debido respetar el tuyo, porque es el de un embajador y de un hombre poderoso; hasta dirás que no ha podido concebir sospechas acerca de tu nombre.

— No diré nada absolutamente.

— Tu orgullo sobrevive á tu honor; esos nombres los ha descubierto la policía leyendo la nota confidencial que te había dirigido el consejo supremo, y he

aquí cómo llegó á sus manos :... Tú la tenías encerrada en un cofrecito, ¿ es verdad ?

— Sí.

— Un día salió de tu casa una mujer con un cofrecito bajo el brazo, y habiéndola visto nuestros vigilantes, la siguieron hasta el palacio del subdelegado de policía, en el barrio de San Germán. Nosotros podíamos cortar la desgracia en su origen, porque, con apoderarnos del cofrecito y detener á esa mujer, nos quedábamos tranquilos y seguros como antes; pero hemos obedecido á los artículos de nuestra constitución, que prescribe respetemos los medios ocultos de que se valen ciertos asociados para servir la causa común, aun cuando esos medios tengan visos de traición ó imprudencia.

Bálsamo pareció aprobar aquel aserto, pero con un gesto tan poco pronunciado que, á no ser por su anterior inmovilidad, apenas hubiera sido notado por sus jueces.

— Esa mujer llegó hasta el subdelegado de policía, dijo el presidente, le entregó el cofrecito, y todo quedó descubierto. ¿ Es cierto ?

— Perfectamente cierto.

El presidente se levantó, y exclamó :

— ¿ Quién era esa mujer ? Una mujer hermosa, apasionada, consagrada á ti en cuerpo y alma, á quien amas con ternura, tan aguda, tan astuta, tan flexible como uno de los ángeles de las tinieblas que ayudan al hombre en el logro del mal. ¡ Esa mujer es Lorenza Feliciani, Bálsamo !

Bálsamo dejó escapar un rugido de desesperación.

— Estás convicto, dijo el presidente.

— ¡ Vuestras conclusiones ! dijo Bálsamo.

— Aun no he acabado. Un cuarto de hora después de su entrada en casa del subdelegado de policía,

entraste tú también allí; pues ibas á recoger la recompensa de la traición que ella había sembrado. Como servidora obediente, había tomado á su cargo la perpetración del crimen, y tú ibas á dar la última mano á la obra infame. Lorenza salió sola, porque sin duda tú renegaste de ella, para no comprometerte acompañándola; tú saliste triunfante con la Dubarry, llamada allí para recoger de tu boca los indicios que querías te pagasen... Subiste á la carroza de aquella prostituta, como el batelero á la lancha con la pecadora María la Egipcíaca; dejabas al señor de Sartines las noticias que nos perdían, pero te llevabas el cofrecito que podía perderte para con nosotros. ¡ Afortunadamente hemos visto ! pues no nos abandona la luz del Señor en las ocasiones oportunas....

Bálsamo se inclinó sin decir nada.

— Ahora puedo formular mis conclusiones, añadió el presidente. Se han denunciado á la orden dos delinquentes : el primero es una mujer, tu cómplice, que tal vez inocentemente, pero de hecho, ha causado perjuicio á la causa revelando uno de nuestros secretos : el segundo eres tú, el maestre, el gran copto; tú, el rayo luminoso, que has tenido la cobardía de abrigarte tras esa mujer para que no se percibiera tan claramente tu traición.

Bálsamo levantó lentamente su pálido rostro, y fijó en los comisionados una mirada que despedía todo el fuego que había estado oculto en su pecho desde el principio del interrogatorio.

— ¿ Por qué acusáis á esa mujer ? dijo.

— ¡ Ah ! ya sabemos que tratarás de defenderla, porque la idolatras y la prefieres á todo. Sabemos que forma el tesoro de tu ciencia, de tu dicha y fortuna; y que es para ti un instrumento más precioso que todo el mundo.

— ¡ Y sabéis todo eso ? dijo Bálamo.

— Sí, lo sabemos, y por lo mismo el mayor castigo que te impondremos lo recibirás del que ella ha de recibir.

— Acabad.....

El presidente se levantó y dijo :

— He aquí la sentencia : José Bálamo es un traidor, que ha faltado á sus juramentos ; pero como su saber es inmenso, es muy útil á la orden. Bálamo debe vivir para la causa á que ha hecho traición ; pertenece á sus hermanos, aunque ha renegado de ellos.

— ¡ Ah ! ah ! dijo Bálamo con aire feroz y sombrío.

— Una prisión perpetua protegerá á la asociación contra sus nuevas perfidias, al mismo tiempo que permitirá á los hermanos recoger de Bálamo la utilidad que tiene derecho á esperar de cada uno de sus individuos. En cuanto á Lorenza Feliciani, un castigo terrible.....

— Esperad, dijo Bálamo con voz perfectamente tranquila ; se os ha olvidado que no me he defendido y que al reo debe oírsele antes de sentenciarle. Una palabra me basta, un documento nada más ; aguardadme un minuto, y os traeré la prueba que he prometido.

Los comisarios consultaron entre sí un momento.

— ¡ Oh ! ¡ teméis que me suicide ? dijo Bálamo con amarga sonrisa... Si hubiese querido, ya estaría hecho, porque con lo que contiene esta sortija hay para mataros á todos cinco si la abriera. Ahora, si teméis que me escape, consignad una ó más personas para que me acompañen.

— ¡ Ve ! dijo el presidente.

Bálamo desapareció, y al cabo de un minuto se le oyó bajar pesadamente la escalera, y entró en el salón

cargado con el cadáver tieso, frío y descolorido de Lorenza, cuyas blancas manos estaban colgando.

— ¡ Ahí tenéis, exclamó, esa mujer á quien yo adoraba, que era mi tesoro, mi único bien, mi vida ! ¡ á esa mujer que, como decís, ha cometido una traición ! ¡ Dios no os ha esperado á vosotros para castigarla ! ¡ Ahí la tenéis !

Y con un movimiento tan rápido como un relámpago, bajó el cadáver del hombre á los brazos y lo arrojó sobre el tapiz á los pies de los jueces, á quienes rozaron, causándoles un horror profundo, los frios cabellos y las manos inertes de la difunta, mientras que á la luz de las lámparas se veía, en medio de un cuello tan blanco como el del cisne, una ancha y profunda herida de un rojo siniestro.

— Sentenciad ahora, dijo Bálamo.

Espantados los jueces lanzaron un grito terrible, apoderándose de ellos tal terror, que salieron huyendo en una confusión inexplicable. Pronto se oyó el relincho de los caballos en el patio, rechinó la puerta sobre sus goznes, y en seguida volvió á reinar un silencio solemne al lado de la muerte y la desesperación.